

LOS CAZAFANTASMAS



Alvaro Pacull Lira

Actor, Lic. en Estética, P.U.C. de Chile

Los teatros son lugares oscuros, húmedos, llenos de crujidos, ruidos misteriosos y silencios fantasmales. Un teatro, cuando más viejo es, de más historias ha sido testigo y más historias ha contado. Las historias de un teatro hablan de vida y también de muerte. Pasan los actores con sus vidas y todos sabemos dónde necesariamente terminarán. Una obra, al comenzar en su día a día, inicia una nueva vida y en su noche a noche, una nueva muerte. Así ha sido por siglos y seguirá siendo hasta el fin de la humanidad, porque como todos sabemos, *el teatro es un espejo de la vida*, y también de la muerte.

Cada espacio, cada camarín, cuerda, telón, pata, queso o foco, algo ha escuchado, algo ha atrapado en su interior. En los laberintos, pasillos y rincones, detrás de las luces y el resplandor, sólo unos pocos pueden moverse con facilidad. Son seres como de cuento, de rostros pálidos, caminar silente y voz suave. Pasan entre cuerdas y camarines percibiendo como murciélagos en la obscuridad. Su vida ha transcurrido en la penumbra, son parte de ella y parece gustarles. Sus amigos son las cosas, los objetos, las máquinas, las ropas y los trapos. Ellos los engendran y traspasan su vida a la materia, creando un flujo energético que permitirá a ésta cobrar vida en escena, en las manos del actor o apoyándolo en la representación. Esos seres, como los llamo, son los verdaderos y continuos testigos de los mundos que pasan por el teatro.

Al cabo de cincuenta años, medio siglo, muchos han terminado su labor de dar vida a la escena desde afuera, pero todavía hay unos pocos que, como dinosaurios preservados, son testigos mudos de la vida y de las historias del Teatro de Ensayo de la Universidad Católica. A algunos los conozco desde niño y tienen mi respeto y cariño, son los más antiguos. Los jóvenes como yo, están aprendiendo de los viejos, escuchando de sus maestros para capturar la sabiduría de este oficio que se transmite vivencialmente. El lenguaje oral ha constituido el mecanismo con que estos espectros del teatro, privados de luces, aplausos y flores, han mantenido intacto el mito y el rito del teatro, desde sus más grandes tradiciones hasta sus supersticiones más ancestrales. Con sus *cuentos* estos hombres de las tinieblas atrapan a todos los fantasmas que merodean día y noche por los rincones del teatro. ¡Ellos son los Cazafantasmas!

Hablar de un Cazafantasma no es tarea fácil, hay primero que atraparlo y eso sí que es difícil. Se dice que el pescado es resbaloso, pero estos seres lo son más, cuesta tener la confianza de que se den y hasta los hay recelosos.

¿A qué vienes tú?

El teatro estaba solo, no se lograba ver más allá de la nariz y me caí, alguien me dio una mano y desapareció, me fijé y ya no había nadie. Grité:

—¡Cazafantasmas vengan a mí!

Silencio.

—¡Huichi pirichi!— fue lo que finalmente se escuchó.

Confieso que volví a gritar, pedí, rogué. No sé cuánto tiempo pasé en eso. Ya cansado y desalentado, a punto de irme, surgieron voces de la nada, eran dos de ellos. Como un oráculo me preguntaron porqué los perturbaba de lo suyo. Les pedí que me vieran.

—Sabemos quién eres, por eso vinimos, pero, ¿a qué vienes tú?

—Vengo con preguntas que espero me respondan. Quiero saber de ustedes y por ustedes...

Salimos a la luz, nos miramos y nos tocamos, nos reconocimos, nos manifestamos la buena fe.

Yo me senté y escuché, escuché y al final me emocioné. De un revoltijo de emociones en mi cerebro quedó una historia sencilla, contada por gente sencilla, de coraje y riesgo, ese riesgo que tanto nos hace falta en un mundo de jaguares sin garras. Es una historia que habla del pasado, del presente y del futuro. Una historia vivida, pero vivida a concho.

Es la historia de Nolberto Alvarez, tramoyista de cincuenta y dos años y de su prima, Flaminia Contreras, la *Minita*, asistente de camarines y costurera de setenta y un años.

Sólo el teatro logró desposarla

Corría 1958, hace ya treinta y cuatro años, cuando un niño de diecisiete fue llevado por su tío utilero para que trabajara en el teatro, en algo, en lo que fuera. Atravesó la puerta del Camilo Henríquez y nunca imaginó que sería una entrada sin salida. En esa sala que todavía pertenece al Círculo de Periodistas, se refugiaba el T.E.U.C., un teatro que ya tenía sus años, pero que seguía pujante y brioso como potro de fina sangre.

Nolberto era, lo que llamaríamos hoy, un *junior*. Llevaba las cartas, pegaba recortes, eso era lo suyo en un mundo de luces, magia y fantasía. Como todo joven miraba y aprendía. Quiso hacer del trabajo su vida pero aportando con algo, y de metido, con buen afán de ayudar, descubrió lo suyo:

—Hablé con don Eugenio y le dije: Don Eugenio, lo mío es la tramoya—, la que fue aprendiendo en el hacer,



Montaje de *Su lado flaco* en gira a Melipilla. En la foto: Nolberto Alvarez, Luis Alcaide, Carlos Cabezas y Bernardo Olivero.



Flaminia Contreras en el Taller de Vestuario del Teatro U.C.

la que después de tantos años todavía no deja, y de la cual han vivido su esposa y sus cuatro hijos, tres de ellos nacidos en las bodegas del teatro.

Por esa época Dittborn movía el teatro y lo hacía con dinamismo. Era el impulso al Teatro Chileno lo que rondaba en la cabeza de ese hombre y con la ayuda de actores como Mario Montilles, Silvia Piñeiro, Mario Sepúlveda, Justo Ugarte y tantos otros le dio vida a los autores nacionales que todavía representamos. A esa vorágine de trabajo fue que llegó la Minita, costurera y soltera; se pedía que fuera soltera y así se quedó, sólo el teatro logró desposarla. Llegó a regañadientes, pero encontró una vida más plena en unir trapos viejos o transformar tiras en mantos de Rey, que en hacer ropa para gente que sólo iba a ser eso, gente. Se acostumbró a llegar una hora antes de la función y todavía lo sigue haciendo a pesar de haber jubilado.

¿Quién no ha visto o escuchado de **La pérgola de las flores**? Ese fue el hito más importante para este Teatro y para muchas de las vidas de la gente del T.E.U.C.

–*Imagínate* –dice Nolberto– *el Presidente saludando a los actores.*

–*Eso nadie nunca lo va a olvidar* –agrega la Minita.

Fue época de trabajo duro, de llevar el teatro a las provincias, a los estadios, las poblaciones, con el pasto hasta la rodilla y el barro en los zapatos. De trabajo pero con amor, con amor por el teatro.

“Duele cuando los economistas...”

Ya en casa nueva, en Ñuñoa, las grandes obras: **El burgués gentilhomme**, **La vida es sueño** y dar espacio a dramaturgos nacionales como Don Egon Wolff. Es que, como dicen Nolberto y la Minita, Dittborn era hombre de teatro, creía en las obras, en la gente y sabía que al teatro había que moverlo. Se imaginaba giras y las hacía.

–*Hoy es la economía la que manda, si no hay plata, no hay gira.*

Mirando para atrás viene el recuerdo, la mayoría son de los mejores, el haber construido una familia con la gente del T.E.U.C., acogiendo siempre en ella a los actores que *como vienen se van*. De las personas, el mejor recuerdo, la figura de Eugenio Dittborn, el “Tata Keno”. El hombre que estuvo con ellos en todo momento, comiendo un curanto en época de celebración, sufriendo humillaciones en época de dictadura, y resistiendo, porque la función debía continuar.

El lamento es que nunca ocurrió el chorreo y la vida se fue sin plata.

–*Todavía no he visto a nadie hacerse rico con esto* –dice la Minita.

–*Don Eugenio decía: aprende teatro, trabaja y vive el teatro... no le busques la quinta pata al gato... y después preocúpate de comer.*

Ese fue y ha sido la vida de estos seres que siguen esa máxima y la han practicado hasta el cansancio. Ellos son los depositarios de una herencia que como una *atracción fatal* los ha mantenido atados a este teatro. Por ello,

aunque no se crea, al escuchar un ruido, le piden permiso a Don Eugenio para pasar, ya que están haciendo su trabajo, el que él les inculcó. Son estos Cazafantasmas que tienen capturado al espíritu de Dittborn para que el teatro siga y perdure en el tiempo.

–*Duele cuando los economistas nos dicen: “Si no les gusta, cierren el teatro”.*

Y cómo no va a doler, no sólo les faltan el respeto a ellos, también a sus fantasmas.

Juan Carlos Araya y Luis Alcaide
(Dpto. Iluminación), Eddison Viedma y
Claudio Viedma (Tramoyas), 1993.

